

***CUADERNILLOS DE CULTURA Y
PATRIMONIO.***

NÚMERO 5

JULIO DE 2009



***CUENTOS DE LA TIERRA:
Alrededor de La Moraña***

LA ALHÓNDIGA DE ARÉVALO,
ASOCIACIÓN DE CULTURA Y PATRIMONIO.

*LAS PIEDRAS MUDAS
DE ISAAC DE BARTOLOMÉ.*

Marta López Beriso, nos ha hecho llegar este precioso cuento de nuestra tierra.

Marta es profesora de Historia del Arte en la Universidad de Suffolk y de Estudios de Historia Cultural en otras universidades norteamericanas en Madrid. Como educadora de arte independiente asesora a museos e instituciones culturales, nacionales e internacionales, en la creación de sus programas educativos. Es licenciada en Historia del Arte y Arqueología por la Universidad de La Sorbonne-París IV y máster en Gestión Cultural por la de Barcelona.

LAS PIEDRAS MUDAS DE ISAAC DE BARTOLOMÉ.

*Para todos aquellos que, como Isaac, perdieron la voz
en un exilio interior, dentro de su propia patria,
desde el siglo XV hasta hoy.*

Isaac de Bartolomé era mi tatarabuelo. No era de por aquí pero aquí apareció, en el cruce de caminos que era antes San Cristóbal de la Vega. Vino con toda su familia, sabía leer y escribir y no trabajaba; vivía de las rentas aunque no tenía tierras ni posesión alguna. Se instaló en una casa a medio camino entre la ermita del santo protector de los viajeros y el cruce de carreteras que unen Arévalo con Cuéllar y Villacastín con Valladolid. Todavía hoy se ve en lo que fue la ermita, a pesar de las capas interminables de mortero, un resquicio de ábside mudéjar que demuestra su consanguinidad con el arte de la zona. Desde allí, porque está en lo alto del único promontorio de los alrededores, se domina la inmensa llanura de La Moraña, inhóspito páramo en invierno que se convierte vega fértil en verano, como si fuera natural despertar del sueño eterno.

Isaac era judío en la España de finales del siglo XVIII. Llegó a lo que aún tardaría tres siglos en convertirse en el “Madrid chiquito” castigado por judaizante con un exilio interno, de esos que no permiten añorar e idealizar la tierra. Y aquí se tuvo que quedar para siempre. No sé si como cristiano nuevo disimulaba comiendo cerdo y asistiendo a misa los domingos. Pero sí sé, por mi abuela, quien a su vez lo había oído de la suya, que sabían lo que era la adafina, que cantaban canciones tradicionales castellanas y que en todas las fiestas siempre había un cubierto de más

en la mesa, así como una lamparilla en la ventana. Lo cierto es que mi abuela nunca supo que Isaac era judío, ni que las canciones que me cantaba eran sefardíes. Mi abuela, que iba a misa todos los días, por aburrimiento más que por convencimiento, ignoraba que era judía de “pleno derecho”: desde los descendientes de Isaac hasta ella su sangre hebrea se deslizaba en sus venas por línea estrictamente materna.

Imagino que, como hacemos todos los sancristobaleños, Isaac subiría a la torre y desde allí escudriñaría la vega como se lee un mapa. En este confín de Segovia se divisan todos los pueblos y sus caminos y campos hasta Valladolid y Ávila, incluida la carretera que trajo a Isaac hasta esta cárcel interior. El horizonte lo dominan, al oeste, los



campanarios de Arévalo. También es fácil ver a Isaac montar su caballo o mula para escapar de paseo a Arévalo, enmascarando por un rato su condición de vida. En silencio rememoraría ese otro pasado, aún más antiguo, aquel algo menos traumático, ese que a su vez, su propia abuela y a ésta la suya, le habrían contado. Caminando por las calles escucharía a las viejas piedras susurrar historias anteriores al siglo XV, leyendas de una sociedad en la que judíos, cristianos y musulmanes, aún con altibajos, convivían, porque sabían que les convenía encontrar lo que les unía -aún marcando las diferencias- antes que imponer igualdades. Oiría a las piedras cantar, glosar, maravillar y ensalzar una vida difuminada en los siglos, que sólo esas piedras recuerdan, historias silenciosas que convertían esos paseos en un refugio y un sosiego para el alma de *marrano* de Isaac.

Entraría en Arévalo por una de las puertas de su muralla, más cerca del Adaja o hacia la plaza Real por debajo de la torre de la cárcel, desafiando su propio destino. Recorrería la perfecta articulación de la villa entre sus dos plazas *intramuros*, para escuchar en San Martín a la “torre del ajedrez” sus historias sobre “los hombres del libro” que otrora los judíos fueron



para los musulmanes, cuando las ciencias y las artes eran la articulación de la política. Luego, por debajo del pórtico de la plaza de la Villa, para no llamar la atención ya más, se acercaría a Santa María, y por la calle del Picote, llegaría hasta el castillo, donde se unen ambos ríos, allí donde creció la reina que dictó la expulsión de los suyos. No quiero imaginar qué pensaría de ella.



Volvería sobre sus pasos, apesadumbrado, pero con la cabeza alta, perdida la mirada en el paisaje, a lo largo esta vez de la muralla en su lado oeste, por el Arevalillo. Llegaría hasta San Miguel, esa iglesia que recuerda que fue sinagoga por su ábside plano. La rodearía. Según su estado de ánimo, quizá entrara. ¿Quedarían entonces, como se han encontrado en una iglesia segoviana cercana, pinturas murales de las que los judíos miraban mientras juntos escuchaban las letanías del rabino en el *sabbat*?

Seguiría caminando, esta vez para salir del recinto amurallado y entrar en el barrio de la Morería, la Aljama no podía estar lejos... Entre cantares olvidados se colarían palabras perdidas en sefardí o en hebreo, quién sabe si esas mismas estrofas de “Piyyut el cabrito” que mi abuela me cantaba. Y olería, como si los tuviera delante, todos y cada uno de los oficios de los barrios *extramuros*... hasta la plaza del Arrabal. Y vuelta al exilio de San Cristóbal.



Soy yo la que ahora está en San Cristóbal y pasea por Arévalo siguiendo los pasos de Isaac. Intento mirar con sus ojos, sentir con su piel, escuchar con sus oídos, hablar por su boca. Rehago el mismo camino que él hacía, una y mil veces, sola y acompañada. Repito esta misma historia para mis adentros y a todo el que quiere oírla. Aún quedan algunas de las piedras que Isaac oía. Son las mismas voces pero sus historias se oyen ahora entrecortadas.

Algunas piedras, muchas, ya no están. Otras se han “mudado” de edificio, y aún otras están tan alteradas que guardan silencio como quien está de luto. Hoy ver es, en gran parte, imaginar. Cuando pienso en lo que no está, Isaac siente un escalofrío recorrer mi cuerpo. Pero cuando pienso en lo que queda, mi alma infunde ánimo a Isaac, intentando provocarle, nunca fe, pero sí algo de confianza.

Si pusiéramos en un papel la cifra de los monumentos dividida entre los años que han pasado, obtendríamos como resultado los pocos que hoy quedan. También sirve esta cuenta para calcular cuánto tiempo tardaremos en hacer enmudecer por completo las pocas piedras que resisten. Pero como quiera que ellas insisten en no perder definitivamente el habla, invirtiendo los valores, esa cifra corresponde igualmente a los años que necesitamos para recuperar, limpiar y dar esplendor a todas esas palabras en

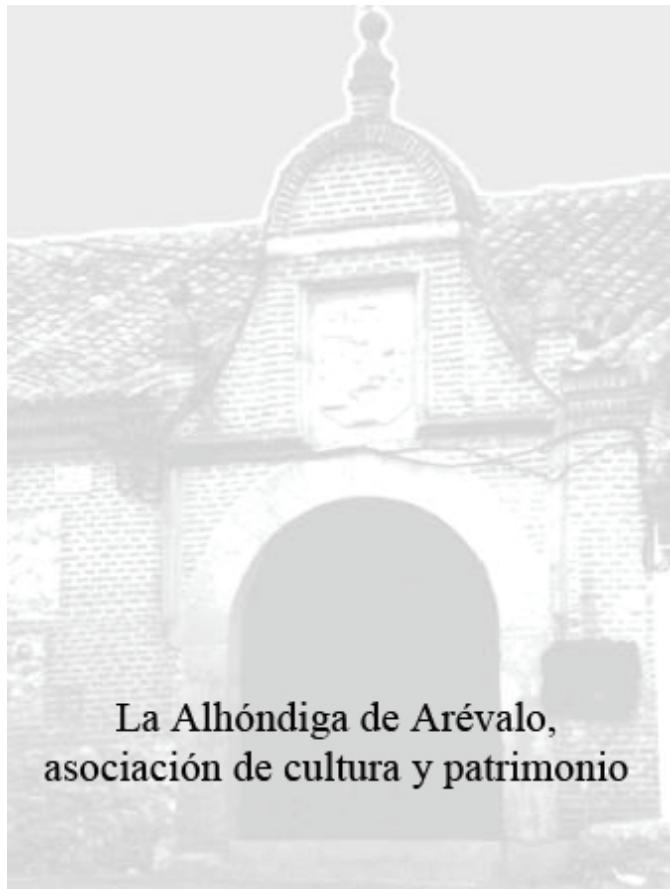


forma de historias, cantos, leyendas y poemas que las piedras aún conservan. Porque como Isaac bien sabía, la condena al silencio es revocable.

San Cristóbal de la Vega, (Segovia), Junio 2009

(La historia de Isaac de Bartolomé está fabulada a partir de datos encontrados en varios censos del siglo XIX obtenidos en el vertedero de San Cristóbal de la Vega en los años 90)





La Alhóndiga de Arévalo,
asociación de cultura y patrimonio

Apartado 92
05200-ARÉVALO

www.la-alhondiga.blogspot.com